



ECOLOGÍA Y PODER. El discurso medioambiental como mercancía

Beatriz Santamarina Campos

Madrid, Catarata, 2006

“Y si la vida no es una mercancía, hay que denunciar con firmeza los desequilibrios y desigualdades de nuestro mundo y recuperar otras maneras posibles de construir nuevos escenarios para el presente. Nuevas prácticas que edifiquen pilares renovados para la existencia, a partir de reconfigurar nuestras relaciones significativas con el entorno. Dicha tarea presupone un esfuerzo colectivo por redefinir las dimensiones políticas, económicas, culturales y ecológicas. Un deber que no se puede posponer porque el conflicto ecológico-social, pese a que queda mudo tras el trabajo homogeneizador realizado, nos advierte sobre los riesgos presentes y futuros de nuestro sistema social. Riesgos reales y simbólicos que nos alertan sobre la fragilidad de nuestra existencia”.

Con estas contundentes palabras finaliza uno de esos libros en cuya lectura es fácil deslizarse página tras página, pues estamos ante un ágil y convincente relato en el que al riguroso trabajo tanto de investigación como de sistematización se une el compromiso con el mundo en que vivimos. Un compromiso que pasa, para su autora, “por desplazar a las hegemonías y dar voz a la polifonía, por recuperar el control de nuestras vidas, de nuestro destino y de nuestro mundo” (p. 51).

El fenómeno de denuncia de los efectos no deseados de nuestra forma de vida, tales como el deterioro del medio ambiente y el posible agotamiento de los recursos naturales, que adquirió fuerza en la segunda mitad del siglo veinte con la consolidación del movimiento ecologista, ha ido progresivamente perdiendo su potencia subversiva. Así, del cuestionamiento de un modelo de desarrollo económico que habría que transformar, se acaba, finalmente, llegando a conceptos tan “tramposos” y vacíos de contenido como el de desarrollo sostenible.

Ello ha sido posible en virtud de la capacidad del poder de institucionalizar y normalizar, de imponer discursos que acallan otras voces y de controlar distintos espacios sociales. Por ello, es importante escuchar esta voz, la voz de Beatriz Santamarina. Una voz que se atreve a hablar de un tema tan acuciante como silenciado. Una voz, además, que sabe ir más allá de la particularidad de la materia y nos conduce a una mejor comprensión del signo de nuestro tiempo, un tiempo de crisis y de búsqueda de nuevos referentes en el que se han ido desactivando los mecanismos que remitían al individuo a la colectividad.

Asimismo, este estudio interesa por su descripción de los procesos que llevan a definir una realidad como objetiva, como evidente por sí misma; como legítima, en definitiva, lo que conlleva tomar conciencia tanto de la provisionalidad de todo orden y del dinamismo social, como de los mecanismos que se ponen en marcha cuando surge el desorden en un sistema social.

Lo ecológico, para esta autora, puede entenderse como metáfora de nuestra época, pues encapsula síntomas y pone en relieve contradicciones y sinsentidos, como el hecho de que la contaminación ambiental

dependa de la dinámica del sistema pero se confíe en la capacidad de éste para generar soluciones, siempre desplazadas al futuro; o la paradoja de que se conquiste el espacio terrestre y estelar, a la vez que desaparecen lugares aptos para la vida. El fenómeno medioambiental, además, nos remite a un mundo en el que los riesgos se han multiplicado y los enemigos devienen en inmateriales dejando, además, de estar en el exterior y desplazándose al interior de nuestra sociedad.

El texto está estructurado en cinco capítulos. A una bien sintetizada introducción sigue un sólido aunque bastante apretado capítulo en el que se aborda el tema de los procesos de integración, en una cultura, de acontecimientos que provocan inestabilidad y conflicto; es decir, de cómo se asume el desorden, pues el fenómeno medioambiental nos obliga a cuestionar una percepción del mundo, forzando a crear otra. Al ser sus desarreglos palpables, el sistema ha dejado de ser armónico.

A la hora de plantear lo ecológico, son posibles muchos discursos, que se pueden englobar en tres niveles: el de las instancias tecnocientíficas y políticas, el de los movimientos ecologistas y el de lo cotidiano. La hegemonía del primero acaba por reducir la polifonía de los demás. Así, se puede observar cómo lo "verde" se ha convertido en un concepto evidente por sí mismo que se utiliza cuando se quieren conseguir objetivos económicos, políticos o éticos. Sin embargo, tras lo implícito de esta palabra mágica, se está ocultando un trabajo de construcción cultural que consagra unos sentidos, invisibilizando otros que son, precisamente, los que harían peligrar la continuidad del sistema.

Los dos capítulos que siguen nos describen cómo ha tenido lugar este proceso, conduciéndonos desde la génesis del discurso medioambiental hasta su consolidación, marcada por el desarrollo del movimiento ecologista, el aumento de la preocupación pública, la aparición de informes y las primeras respuestas institucionales. Observamos cómo las instancias político-económicas terminan por apropiarse del discurso ecológico mediante la creación de conceptos como el de desarrollo sostenible. Las conclusiones finales son precisas: el poder acaba reduciendo sujetos, sociedad y naturaleza a meras mercancías, a meros objetos, vaciando de contenido las acciones colectivas y no dando respuesta a la advertencia apremiante representada por la problemática medioambiental.

Ojalá que estas palabras y otras muchas voces y acciones se sumen para hacer realidad las esperanzadoras líneas con las que comenzábamos nuestra reflexión. Otro mundo es posible.

SUSANA RODRÍGUEZ DÍAZ